

La furgoneta blanca

ruben del pino lopez



Capítulo 1

La furgoneta blanca.

-Venga va, será solo unos minutos.

-No me apetece, ya no tengo ganas.

-En serio es cuestión de minutos, luego nos vamos y hacemos lo que tú quieras.

-De acuerdo – dijo a regañadientes.

Metió la llave en el contacto y encendió el motor. Se incorporaron a la vía por el carril de la derecha. El tráfico a esa hora era denso, las dos de la tarde de un día cualquiera de septiembre, pero les daba igual, su destino estaba a escasas manzanas. Circularon por la calle Aries hasta el cruce con Sagitario, doblaron a la izquierda y subieron la avenida Virgo. El semáforo del cruce estaba en rojo.

Dos adolescentes cruzaron el paso de peatones, acababan de salir del instituto, carpetas y libros en mano, melena suelta y falda corta. Ambos se quedaron mirándolas y solo él habló.

-Zorras, van como unas putas.

-No seas así, son jóvenes – contestó el conductor, era el más cuerdo de los dos.

El semáforo se puso en verde, reanudaron la marcha y entraron en la calle Tauro. Estacionaron en un hueco que había entre unos cubos de basura.

-Este sitio es bueno, apaga el motor, no quiero que sospechen.

Pasaron quince minutos en silencio esperando.

-De verdad quiero irme, no me apetece estar aquí. Nos van a ver.

-Ya te he dicho que no pasa nada. Los cristales de atrás están tintados y nadie puede verte. Siéntate atrás y calla.

La alarma de salida del colegio de enfrente comenzó a sonar. Los niños de primaria y secundaria salieron en manada. Viernes tarde, un fin de semana por delante lleno de juegos y diversión. El parque de la acera de enfrente les esperaba. Algunos se quedaron jugando mientras hacían tiempo hasta que sus progenitores fueran a buscarlos. Los adultos estaban charlando de sus cosas, que si impuestos, seguros de coche,

precio de la gasolina, que cara es mi hipoteca. Relleno absurdo.

-Ya sabes Alex, vamos.

-No quiero, de verdad.

-No seas un puto cobarde. Estaré aquí toda la vida contigo, tengo el tiempo infinito y te mortificaré para siempre. Hazlo.

Alex de ninguna de las maneras le gustaba que le llamara así, odiaba su nombre, odiaba su compañero y odiaba su vida. Quería morir antes de volver hacerlo. Se bajó los pantalones y los calzoncillos y empezó a tocarse el miembro con suavidad. Los niños seguían jugando fuera ajenos a todo aquello.

-Sigue.Vamos – le ordenó la voz.

El pobre hombre, de treinta pocos, soltero, hijo único, atosigado, abusado, oprimido y esclavizado por la sociedad, por sus amigos de la infancia, sus padres, sus profesores, su colegas de instituto, todos los que habían formado alguna vez su círculo íntimo, estaban allí con él dentro de aquel vehículo. Alex lloró desconsolado mientras se limpiaba, se guardó su flácido miembro y se subió el pantalón. Se secó las lágrimas, aquellas que habían bañado sus mejillas desde muy pequeño con tanta frecuencia.

-Muy bien Alex, estoy orgulloso. Siempre lo estaré de ti, nos vamos. Mañana es sábado y el lunes está cerca.

El vehículo salió de su aparcamiento y bajó la estrecha calle Tauro, dobló a la derecha, circuló varios metros hasta el stop, luego la furgoneta blanca se perdió por la avenida Capricornio ocultándose entre el tráfico.